

ción, siendo esta falta de medida el defecto del siglo XVI. Surgieron hombres nuevos; el Renacimiento actuó como el arado que revuelve la tierra para que de ella salga lo

que merece ver la luz. Así como los descubrimientos enriquecieron el espíritu humano, las transformaciones políticas y sociales contribuyeron al progreso de la cosa pública.

BIBLIOGRAFÍA

DOCUMENTOS.—Para el estudio de las transformaciones políticas y sociales verificadas desde Carlos VIII á Enrique II, importa consultar los manuscritos de la Biblioteca y de los Archivos nacionales. Las cartas, los tratados especiales, los raros registros del Consejo del rey, conservados en la Biblioteca, son tan interesantes como los registros del Parlamento, las actas del Tribunal de Cuentas y del Gran Consejo, guardados en dichos Archivos con las colecciones de las regias ordenanzas; todavía no se han publicado las de Francisco I y Enrique II.

Entre las innumerables obras especiales impresas, indicadas en su mayor parte en la *Bibliografía* de Monod, se consultará especialmente: *Histoire généalogique*, por ANNELMÉ, París, 1726-1733, 9 vol. en folio; *Recueil des rois de France*, de DU TILLÉT, París, 1587, en folio, y 1618, en 4.º; *Recherches de France*, de PASQUIER, París, 1621, en folio; *Histoire du conseil du roi*, de GUILLARD, París, 1718, en 4.º; de la *Chancellerie*, de TONNERREAU, París, 1710, en folio; de los *Chanceliers*, de DU CHESNE, París, 1680, en folio; *Les Connétables*, de LE FERRON y GODEFROY, París, 1658 y 1688, en folio; *les Secrétaires d'Etat*, de FAUVELLET DU TOC, París, 1668, en 4.º; el tratado de *Dignités*, de GUYOT y MERLIN, París, 1786, en 4.º; de *Offices*, de GIRARD y JOLY, París, 1638, en folio; *Cerémonial*, de GODFRROY, París, 1547 y 1649, en folio, etc.—Merece especial mención la colección de *Ordonnances* de 1481 á 1514, t. XIX á XXI, publicados por PASTORET y PARDESSUS con importantes adiciones, y como complemento la obra *Recueil général des lois*, de ISAMBERT, para los reinados de Francisco I y Enrique II (t. XII y XIII); *Histoire des Etats généraux*, de PICOT, París, 1870, t. I-II. Las *Relaciones* de los embajadores venecianos pueden suministrar numerosos informes.

Desde el punto de vista de las costumbres: *Il libro del Cortegiano*, de B. CASTIGLIONI, Venecia, 1633, y Milán, 1803; *Mémoires* de B. CELLINI, de B. PALISSY y el libro de RABELAIS, *Archives curieuses*, de CIMBER y DANJOU, las publicaciones del duque de LA TRÉMOILLE: *les La Trémoille pendant cinq siècles*, t. II, Nantes, 1892, en 4.º; *Inventaire de François de La Trémoille*, Nantes, 1887, en 4.º.

LIBROS.—DARESTE, *Histoire de l'administration française*, París, 1848, en 8.º—CHÉRUVEL,

Histoire de l'administration monarchique en France, París, 1855, en 8.º—BARDOUX, *Les légistes*, París, 1876, en 8.º—CONDE DE LUÇAY, *Les secrétaires d'Etat depuis leur institution jusqu'à Louis XIV*, París, 1881, en 8.º—AUCOC, *Le Conseil d'Etat*, París, 1816, en 8.º—VUITRY, *Etudes sur le régime financier*, París, 1878-1883—N. VALOIS, *Arrêts du Conseil sous Henri IV*, París, 1886, en 4.º (Introducción).—DE CRUE, *La cour de France et la société au XVI siècle*, París, 1888, en 12.º—Del mismo, *De consilio regis Francisci I*, París, 1885, en 8.º—P. PARIS, *Etudes sur le règne de François I*, París, 2 vol. en 8.º—DE MAULDE, *La diplomatie au temps de Machiavel*, París, 1892, en 8.º—J.-B. ZELLER, *La diplomatie française au XVI siècle: Guillaume Pellicier*, París, 1880, en 8.º—DE PRADT, *Les quatre concordats*, 1818—CAPOBIANCO, *Corona e palma militare di Arteglieria*, Venecia, 1598, en 4.º—DANIEL, *Histoire de la milice française*, París, 1721, 2 vol. en 8.º—PINARD, *Chronologie militaire*, París, 1760, en 4.º—BOUTARIC, *Institutions militaires de la France*.—TARDIF, *Hist. de la tactique française*, París, 1880, 2 vol. en 8.º—FIEFFÉ, *Hist. des troupes étrangères au service de France*, París, 1854, 2 vol. en 8.º—FAYE, *Etudes sur le passé et l'avenir de l'artillerie*, París, 1846, t. I—E. BORELY, *Histoire du Havre*, el Havre, 1882—GUÉRIN, *Hist. maritime de la France*, París, 1844, 2 vol.—Obras militares de ROUQUENCOURT, CARRION-NISAS, LECOMTE, ELGGER, MEYER, VERNEUIL, DEMMIN, SUSANE, JURIEU DE LA GRAVIERE; SEGESSER, *L. Pfyffer*, 1880-81, 2 volúmenes en 8.º; acerca del armamento, VIOLLET LE DUC, *Dictionnaire du mobilier*, París, 1874, en 8.º, t. V y VI—MONTEIL, *Histoire des Français des différents Etats*, París, 1858, 5 vol. en 8.º—BURCKHARDT, *Civilisation de l'Italie au temps de la Renaissance*, trad. por SCHMITT 1855—BOURCIEZ, *Mœurs polies sous Henri II*, París, 1886, en 8.º—ALBERT DESJARDINS, *Sentiments moraux au XVI siècle*, París, 1887, en 8.º—H. DE LA FERRIÈRE, *Marguerite d'Angoulême*, París, 1891, en 12.º—A. BASCHET, *Les comédiens italiens à la cour de France*, París, 1883—A. VON REUMONT, *Die Jugend Catharina's von Medicis*, 2.ª ed., 1856—LEFRANC, *Le collège de France*, París, 1893, en 8.º—F. BUISSON, *Sebastien Castellion*, París, 1892, 2 vol. en 8.º—A. RAMBAUD, *Histoire de la civilisation française*, t. I, ed. 6.ª, 1894.



CAPÍTULO V

FRANCIA

Progreso económico.—Agricultura, Industria y Comercio

(1492-1559)

I.—La agricultura

ESTADO DE LA AGRICULTURA Á FINES DEL SIGLO XV.—Como ya hemos dicho, la guerra de los Cien Años había assolado á Francia. Las provincias que se libraron de la guerra extranjera y de las luchas civiles eran las únicas que poseían ciudades florecientes y campos bien cultivados. Restablecida la paz, los aldeanos que se habían refugiado tras las murallas de las ciudades ó alistado como soldados, reanudaron sus labores. En un pueblo próximo á Soissons, el primero que se atrevió á volver á los quince años de ausencia, «no supo—dice una declaración de aquel tiempo—á quién dirigirse para arrendar una tierra, ni encontró quien le dijera á qué dueño pertenecía»; la comarca estaba desierta, como otras muchas, que poco á poco se fueron repoblando. Carlos VII y Luis XI se dedicaron—en cuanto se lo permitían las exigencias de la política—á favorecer el renacimiento de la labranza. Fue necesario que pasara toda una generación

para reedificar lo derruido y borrar del suelo las huellas de la devastación. En los Estados Generales de 1484, muchos diputados trazaron sombríos cuadros de su provincia; quizá exageraban, porque en todo tiempo los representantes de los pueblos se han inclinado á exponer los padecimientos más bien que la prosperidad de la agricultura y de la industria, cuando han aspirado á una reducción del impuesto ó á la protección del gobierno. Pero Bodin, espíritu eminente á quien no guiaba el interés personal en estas materias, decía en su *Respuesta á Malestroit sobre el encarecimiento de todas las cosas*: «Antes el país llano y casi todas las ciudades quedaron desiertas por los asolamientos de las guerras civiles, durante las cuales los ingleses saquearon las ciudades, quemaron los pueblos, hirieron, despojaron y mataron á gran parte de los habitantes, y dejaron á los demás en los huesos.»

RENOVACIÓN DE LOS CAMPOS.—Bodin añadía: «Desde hace cien años—escribía esto en 1565—se ha roturado inmensa extensión de

bosques y páramos, y construido muchos pueblos y ciudades.» Abundan los testimonios de tal reconstitución del cultivo. En otro escrito, Bodin habla «de la población que, al fin, se ha multiplicado en el reino». Bernardo de Palissy llegó á lamentarse de que «se talaran, cortaran ó destruyeran para dedicarlas al cultivo, las hermosas selvas que hasta entonces se habían conservado cuidadosamente». Antes que ellos, Claudio Seyssel decía de las tierras en el reinado de Luis XII: «Numerosos lugares ó grandes comarcas, baldíos ó en barbecho, ú ocupados por bosques, están ahora cultivados y llenos de caseríos y pueblos, de tal modo, que de treinta años acá se ha consagrado al cultivo la tercera parte del reino... La renta de tierras, beneficios y señoríos ha crecido en general, y varios producen al año rendimientos más copiosos que la suma total de los recaudados durante el reinado de Luis XI.» Acaso exagerase también, pero expresaba el común sentir de sus contemporáneos, que dió al sucesor de Carlos VIII el sobrenombre de «Padre del pueblo».

EL PRECIO DEL TRIGO Y LA RENTA DE LA TIERRA.—Desde el final de la guerra de los Cien Años hasta el advenimiento de Francisco I, en realidad no parece haber aumentado el precio del trigo, á no ser accidentalmente, á causa de la mala cosecha, general ó local; si cambió en apariencia fué porque los «aumentos» de moneda redujeron la cantidad de plata contenida en la libra tornesa. En efecto, cabe afirmar que en toda Francia el precio medio de una cantidad de trigo equivalente á un hectolitro osciló entre cinco y diez gramos de plata fina; esto en la proporción en que se puede calcular un precio medio á través de las diferencias, á menudo considerables, que se observaban entonces de una á otra localidad, y de un año á otro en la misma.

Los metales preciosos, que entonces procedían casi exclusivamente de las minas de Europa, eran escasos, y lo parecían tanto más cuanto más necesarios los hacía el desarrollo del comercio interior y exterior. Reinando Francisco I, las minas del Nuevo Mundo acrecentaron considerablemente el capital monetario de España, y por medio

de esta nación el de la Europa Occidental; la abundancia sucedió á la escasez. Á pesar de las siempre infructuosas medidas de los soberanos contra la exportación, el dinero atravesaba las fronteras. Por su excesiva circulación perdía parte de su valor, y el precio de las mercancías se elevaba rápidamente. El hectolitro de trigo, que desde 1500 á 1514 valía por término medio 8 gramos de plata fina, se cotizó á 40 durante el período de 1555-1560. Los labradores y propietarios resultaron beneficiados por el aumento del consumo, que crecía con la población y con el alza de los precios favorecida por la revolución monetaria—revolución que, por otra parte, no produjo todo su efecto hasta la segunda mitad del siglo XVI, por lo cual se hablará de ella detenidamente en el tomo X—. El vizconde de Avenel, en su trabajo sobre el precio de la tierra y de los productos, ha calculado aproximadamente que la renta de una hectárea de tierra laborable se elevó por término medio desde 20 gramos de plata fina en 1451-1475, hasta 77 en 1551-1575, y la de las viñas, de 54 á 225. El valor en venta de las tierras siguió, naturalmente, la misma progresión que la renta.

LA MONARQUÍA PROTECTORA DE LOS ALDEANOS; ADQUISICIÓN DE LA TIERRA POR LOS BURGUESES.—«Aunque el pueblo es muy pobre—había dicho en los Estados Generales de 1484 el juez de Forez—, todavía tiene recursos. Asegurad al labrador el fruto de su trabajo, y pronto resurgirá de su abatimiento y la tierra se cubrirá de mieses.» Los reyes, y principalmente Luis XII, esforzaronse para proporcionarle aquella seguridad y los medios de «comer su pan—según las frases de Francisco I en una ordenanza de 1523—y vivir descansadamente de lo suyo, sin que le agravien, maltraten, saqueen, atormenten, ni molesten sin razón». Luis XII disminuyó la talla. Dictáronse varias ordenanzas para someter á aquel impuesto los bienes plebeyos que algunos privilegiados compraban y sustrafan á la contribución. En más de un lugar discutiéronse los derechos de *banalité*, *corvée* y otros varios, eximiéndose de ellos á los campesinos cuando se reconoció que tales impuestos carecían de fundamento. Revisáronse mu-

chas costumbres, cuya redacción era antigua, se escribieron otras por primera vez, y la determinación más precisa de los derechos y deberes de cada cual favoreció al labriego. Algunos jurisconsultos comenzaron á considerar la enfeudación como una enagenación, y al colono feudatario como á verdadero propietario de la tierra, sobre la cual no poseía el señor más que un dominio *eminente*. Las grandes ordenanzas, inspiradas por el Renacimiento, y las primeras de las cuales pertenecen á la primera mitad del siglo, contribuyeron también á mejorar la condición jurídica del aldeano agricultor.

La tierra era por aquel entonces, como lo ha sido en casi todos los tiempos, la propiedad más solicitada; especialmente la tierra noble que, aparte de sus ventajas materiales, elevaba al hombre á la clase de los privilegiados, y, por decirlo así, desde una casta inferior á otra superior. Como la industria y el comercio fueron activos durante aquel período, se enriquecieron muchos burgueses, y al enriquecerse apresuráronse á adquirir señoríos, y después á buscar empleos para sus hijos,

sobre todo en la magistratura. No faltaban tierras nobles que vender, porque había nobles necesitados á quienes las guerras de Italia costaban más de lo que les producían, ó que, seducidos por las novedades del lujo del Renacimiento, se echaban, como en la entrevista del Campo de la Tela de Oro, «los campos y las viñas encima de los hombros». La revolución monetaria no les era más favorable. Las granjas que sus antepasados habían dado á censo les seguían produciendo el mismo número de sueldos y dineros; pero el sueldo del año 1560, mermado por las alteraciones de la moneda y depreciado por la abundancia del metal, compraba cuatro veces menos mercancías que el sueldo del año 1460. El colono pagaba más fácilmente, y ello le placía; pero el señor se empobrecía y acaso se entrapaba, viéndose obligado á vender.

Los plebeyos enriquecidos, gentes del campo ó de la ciudad, podían obtener letras de ennoblecimiento que el rey les vendía, adquiriendo así, entre otros privilegios, la exención de la talla. No obstante, debían pagar á su parroquia una indemnización por el perjuicio que le ocasionaban privándola de un contribuyente—en tiempo de Francisco I se registraron numerosos actos de este género.

LOS PROCEDIMIENTOS DE CULTIVO.—No hay que forzar los colores del cuadro. Aunque el aldeano había ganado algo, su condición continuaba siendo humilde respecto al señor. Á la vez que adoptaban medidas que protegían al primero, los reyes procuraban determinar con precisión los derechos del segundo, haciéndolos á menudo más duros y rigurosos para el villano; por ejemplo, el derecho de caza.

El labrador había roturado mucho y ganaba más, pero al parecer, no habían cambiado sus procedimientos de cultivo; la amelga era, digámoslo así, inmutable; y varias costumbres prohibían que se variara para que el arrendatario

no alterase la prenda de los cánones señoriales. En el centro de Francia se practicaba todavía el cultivo nómada, que dejaba mucho tiempo los campos baldíos, no labrándolos hasta haber quemado las hierbas y terrones para fertilizar el suelo; en otras partes se practicaba la alternativa bienal, precedente del tiempo de los romanos; lo más común era la amelgatrienal con barbecho. Las comarcas donde, como en el Maine, «los aldeanos se apresuraban á emplear estiércol, ceniza y cal», eran una excepción. Como Oliverio de Serres dijo cincuenta años después, reputábase buenas á las tierras que producían de cinco á seis veces lo sembrado.

II.—La Industria

INFLUENCIA DE ITALIA SOBRE LA INDUSTRIA Y EL LUJO.—Los acontecimientos políticos



La siembra á comienzos del siglo XVI
(Miniatura de la Biblioteca Nacional de París)

suelen tener consecuencias inesperadas. Francia se había puesto en movimiento para conquistar á Italia, y como Roma fué conquistada por Grecia, Francia lo fué por las artes y la civilización del pueblo italiano. Carlos VIII escribió á su cuñado Pedro de Borbón: «Además, no podéis imaginar qué hermosos jardines tengo en esta ciudad... y con eso he encontrado en este país los mejores pintores para hacer los techos más lindos; los de Bauxe, Lyon y otros lugares de Francia no pueden compararse en hermosura y riqueza con los de aquí, por lo cual llevaré conmigo artistas que los hagan en Amboise.»

En efecto, sacó de Nápoles tesoros de todas clases: muebles, tapices, estatuas, cuadros, libros, apoderándose de cuanto le agradaba; de una vez mandó cargar en carros 87.000 libros, que su tapicero Nicolás Fagot trasladó á Lyon y luego á Amboise. El mismo Fagot condujo á este último punto veintidós artistas ó artesanos, orfebres, sastres, bordadores, ebanistas, pintores y arquitectos, que cobraron crecidos salarios y trabajaron para adornar los palacios del rey.

En tiempo de Luis XII y Francisco I se multiplicaron las relaciones con Italia; en 1536 aparecen los nombres de ocho franceses formando parte de la Comunidad de pintores de Roma. Afinóse Francia en la escuela del buen gusto y de las comodidades, y el lujo hizo rápidos progresos. Las leyes suntuarias, escasas en el siglo XV fueron numerosísimas en el XVI. Cabe pensar en su inutilidad; pero, al prohibir á quien no fuera noble el uso de telas de oro, plata y seda y de los ricos objetos de orfebrería, y á las mujeres el de los adornos de oro, excepto en el primer año de su matrimonio, demuestran que semejante práctica se había extendido mucho. Entre la fría cárcel de Plessis-les-Tours y los refinamientos de la corte en Chambord y Blois, habíase verificado una revolución en las costumbres de la corte y de la nación. En 1494, los franceses habían saqueado, como unos bárbaros, la colección de los Médicis. Treinta años más tarde, el hallazgo de un lienzo de Rafael constituía un gran acontecimiento en palacio; ocultábasele misteriosamente detrás de

un velo, enseñándosele sólo á ciertos elegidos, y el día en que se le descubría delante de los cortesanos admitidos á contemplarlo era una gran solemnidad. Sábese que el San Miguel agradó tanto á Francisco I, que pagó á Rafael el duplo del precio exigido, y que el artista, en señal de gratitud, le envió como regalo *La sacra familia*; ambos cuadros figuran hoy, entre las obras maestras, en el Museo del Louvre.

Tras de los artesanos reclutados por Carlos VIII, se presentaron los artistas invitados por Francisco I: Andrea del Sarto y Leonardo de Vinci fueron huéspedes del rey; el Rosso y el Primaticcio crearon la escuela de Fontainebleau. Más adelante, cuando la paz de Cambray hizo dueño de Italia á Carlos V, el partido francés fué proscrito de Italia, y muchos italianos, sabios, artistas, banqueros y comerciantes, se refugiaron en Francia. Importando el genio de su patria contribuyeron á la educación del genio francés.

Aquellos maestros inspiraron á numerosos artistas franceses, muchos de los cuales se elevaron á la categoría de maestros del arte por la originalidad de su talento. Baste recordar los nombres de Clouet, Juan Cousin, Juan Goujon, Sarrasin, Germán Pilón, Pedro Nepveu, Pedro Lescot, Filiberto Delorme, Juan Bullant y Ducerceau, y citar algunas obras arquitectónicas, como Chambord, Anet, Chenonceaux, el Louvre y las Tullerías. No hemos de hacer en este lugar la historia del Renacimiento (1), limitándonos á señalar la influencia que ejerció sobre la industria francesa.

LA IMPRENTA; LAS INDUSTRIAS LIBERALES Y ARTÍSTICAS.—La imprenta, «invención que más parece divina que humana», según la frase de Luis XII en un edicto de 1513, es una de las industrias enlazadas más íntimamente con el Renacimiento, pues propagó las ideas nuevas. Aunque en un momento de error (en 1535) Francisco I pensó en prohibir que se imprimieran libros, la imprenta encontró, en general, protección entre los monarcas, y pudo jactarse de no haber sido nunca «considerada como arte mecánico».

(1) Véase el capítulo VII.

ca, sino tenida en gran predicamento». Era aquella la época de Enrique y Roberto, primer Estienne, de Turnèbe, de Morel y de Plantin. En París, donde funcionó la primera prensa en una cueva de la Sorbona reinando Luis XI, y Lyon, donde se estableció la primera imprenta en 1473 y se fundaron otras cincuenta desde 1473 hasta 1500, había, durante el reinado de Enrique II, centenares de impresores, libreros y encuadernadores.

Un nuevo impulso animó á la arquitectura, la escultura y todas las artes que de éstas dependen, como la ebanistería y la orfebrería.

Los grandes arquitectos y escultores del siglo XVI no fueron apreciados sólo por los príncipes; también las masas los conocían y sus nombres han pasado á la posteridad; ventaja de que no disfrutaron los «albañiles» y «tallistas de imágenes» de la Edad Media. Débese esto á que en aquella época los artistas empezaban á no ser considerados solamente como simples artesanos; con el título de ayudas de cámara ó de beneficiados, algunos llegaron á ser comensales del rey de Francia.

Sin embargo, aun no existía como ahora la distinción entre el arte y la industria. El escultor lo mismo trabajaba en un mueble de madera que en una estatua; Benvenuto Cellini cincelaba copas de plata, y Francisco I no se desdeñó de ir al palacio de Nesle, donde le había instalado, para ver sus trabajos. Los pintores formaban en muchas ciudades gremios de oficio, donde el de revocador se codeaba con el retratista. Los que vivían en la corte con el empleo de ayudas de cámara eran, lo mismo que otros proveedores del rey, artesanos desligados de los lazos del gremio.

La imitación y la emulación propagaron rápidamente el nuevo estilo, que desde las excelsitudes de la arquitectura, la escultura y la pintura, bajó á todos los talleres en que el obrero intentaba dar una forma artística

á la materia. Desde el reinado de Francisco I, este estilo reinó como señor absoluto. L. de Laborde, uno de los críticos que mejor han comprendido las relaciones entre el arte y la industria y la necesidad de cultivar aquél para elevar á ésta, ha descrito esta dominación soberana: «El Renacimiento recorrió todas las producciones: arquitectura, pintura, escultura, grabado y poesía recibieron su huella viva é inalterable, y nada más natural que ver á esa influencia penetrar por conducto de la industria hasta en el seno de la vida privada; tapices, muebles, telas, orfebrería y joyería, armaduras y arneses, caracteres y viñetas de imprenta, encuadernación de libros, todo se hacía á «la anti-gua», y el estilo del Renacimiento siguió con tanto respeto los modelos facilitados por los grandes constructores, que es imposible vacilar acerca de la fecha exacta de tales objetos».

Entre todos los artesanos artistas del siglo XVI, descuella Bernardo de Palissy, verdadero hombre de genio, no sólo por su infatigable perseverancia, sino por lo elevado de sus ideas.

En aquella época buscaba el esmaltado de la porcelana, sacrificándolo todo á su descubrimiento, y á principios del período siguiente (1562) recibió con el título «de inventor de las rústicas figurillas del rey y del condestable» la recompensa de su invención y de su arte. Por otra parte, Bernardo de Palissy no era el único que iba por aquel camino. El fabricante, sea quien fuere, de las porcelanas de Enrique II, era también un artista consumado. La fábrica de Ruán comenzó entonces á darse á conocer.

PROGRESO DE LAS DIVERSAS INDUSTRIAS.—Los oficios que trabajan para las satisfacciones del lujo se desarrollaron rápidamente. Á imitación de sus similares de Italia, las fábricas de seda fueron las primeras en desenvolverse. Luis XI las había introducido ya en Tours, en aquella región del Loira donde el clima es suave y donde gustaban



Un lagar á principios del siglo XVI (Miniatura de la Biblioteca Nacional de París)